

—Despierta.

Su voz le resultaba familiar, como si la hubiese escuchado antes, en otra vida. La luz inundó sus pupilas. Sus párpados se abrían y cerraban, erráticos. Todo estaba borroso.

—¿Dónde... dónde estoy? ¿Estoy muerto?

—Lo has estado.

Su vista se fue aclarando. Giró la cabeza a ambos lados, pero no había demasiado que ver. Tres paredes lisas, de color blanco, sin ningún elemento que destacara en ellas. *No hay puerta*. Intentó mirar hacia atrás, pero la estructura de la silla metálica donde estaba recostado se lo impedía. En el techo, tan solo unos pequeños focos con una luz fría.

Cuando el resto de su cuerpo volvió en sí, intentó moverse, pero algo no le dejaba.

—Mantén la calma o te harás daño con las correas.

Esa voz... ¿quién eres? La silla giró 180° y la vio allí plantada, mirándole fijamente.

—Bienvenido al Proyecto Inside. Soy Julie, y seré tu guía durante el proceso.

—¿Qué... qué es esto? ¿Dónde estoy?

—Tranquilo. Te explicaré todo lo que necesites.

Intentó pensar en cómo había llegado hasta allí, pero era incapaz. Sentía como si se hubiese despertado de un sueño que no podía recordar.

—Lo primero y más importante que debes saber, es que estás aquí por voluntad propia. Si a partir de ahora quieres marcharte eres libre de hacerlo.

Su mirada se dirigió directamente a las correas que le sujetaban brazos y piernas. Julie se percató.

—Ah, no te preocupes por eso, es por tu propia seguridad. Deja que te suelte.

Notó ardor en la piel de sus muñecas y tobillos cuando las sujeciones se aflojaron. *Por mi seguridad, claro.*

—Quiero irme de aquí ahora mismo. Ni siquiera... ni siquiera sé cómo he llegado.

Julie esbozó una sonrisa.

—Sin problema, puedes irte. Por ahí está la puerta.

Desconfiado, se incorporó y se dirigió hacia ella. Unos pasos más tarde se detuvo en seco.

—No... no sé a dónde ir. No puedo recordar... nada —dijo mirando a Julie, buscando respuestas desesperadas.

—Lo segundo —prosiguió ella como si nada—. Te explicaré por qué estás aquí y, además, necesito que vayas pensando cómo quieres llamarte a partir de ahora.

—Espera un momento —interrumpió él—. ¿Cómo me llamo?

—Cómo te llamabas ya no importa. Pero puedes ponerte el nombre que quieras, como en uno de esos videojuegos. Al menos intenta que sea pronunciable —dijo Julie con una sonrisa amable—. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Estás aquí porque te hemos borrado la memoria, una parte de ella al menos. Por eso no puedes recordar tu nombre, o a dónde ir.

—Pero, ¿por qué iba a venir a un sitio como este por mi propia voluntad? No tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido, pero no puedo darte detalles que no conozco. Nos debemos a la confidencialidad de nuestros clientes.

—¡Pero yo soy tu cliente!

—En efecto, pero no creo que a tu yo de hace un rato le haga gracia que te contemos todo. De hecho, ahí está el punto de todo esto. De lo que hacemos aquí.

—¿A qué te refieres? —dijo él entendiendo cada vez menos.

—Deja que te lo explique. Hoy en día, si tienes el dinero suficiente puedes hacer casi cualquier cosa. Incluso olvidarte de ti mismo. Los motivos pueden ser de lo más variopintos, pero se nos prohíbe conocer todos los detalles. Es la política de la compañía.

—Sigo sin entenderlo. Si se supone que por algún motivo he decidido... eliminar mis recuerdos, ¿qué pasa ahora?

—Buscamos en tus recuerdos originales. No eres capaz de recordarlos, pero siguen ahí, en alguna parte. Partiendo de ellos creamos unos nuevos. Unos mejores. Por supuesto, conocemos detalles de tu vida anterior, pero como te dije antes, no podemos conocer los motivos que te han traído hasta aquí.

—¿Cómo sé que no me estáis engañando?

—No puedes saberlo. Tu yo anterior aceptó esa parte por ti. Tú, en cambio, solo tienes dos opciones: marcharte por esa puerta rumbo a ninguna parte, o hacer un acto de fe. Bajo mi punto de vista tampoco tienes muchas más alternativas.

Esto tiene que ser una pesadilla. ¡Despiértate!

—Ah, por cierto. Necesito un nombre. Es difícil dirigirse todo el rato a alguien sin uno. ¿Y bien?

Un nombre le vino a la mente sin saber muy bien por qué.

—Joel.

—Me gusta. Encantada de conocerte, Joel.

—Bueno, entonces... ¿me vas a explicar qué ocurre ahora?

—Claro —respondió Julie—. Acompáñame y presta atención.

Joel acompañó a Julie a una sala contigua saliendo por la puerta que anteriormente le había ofrecido. La sala era similar a la que estaban, pero en esta ocasión estaba bastante más poblada con grandes mesas llenas de pantallas de ordenador. En el centro había una especie de banco reclinado.

—Ese es tu sitio —indicó Julie señalándolo—. Ponte cómodo.

Joel fue hacia él no sin antes echar un vistazo rápido a su alrededor. No fue capaz de intuir nada, solo conseguía sentirse cada vez más confuso. Cuando ya estaba tumbado, apareció Julie por un lado sujetando una especie de cable metálico acabado en punta. *No irá a...*

—Tranquilo, no voy a clavártelo en la nuca para enviarte a Matrix.

—¿Qué es Matrix?

—En otro momento, ya tienes bastante con saber dónde estás sentado.

Julie soltó una pequeña carcajada mientras conectaba el cable a una toma situada en un lateral del banco.

—Bien, lo llamamos Inside. Es curioso, tardaron veinte años en desarrollar esta tecnología, pero dos minutos en pensar el nombre. Inside, porque desde aquí podremos acceder al interior de tu psique, así de simple.

—¿Y cómo funciona, exactamente?

—Fácil. Para empezar, voy a colocarte estos electrodos. Tranquilo, no dan corriente. Después, te daremos una sedación suave. Notarás una sensación similar a cuando estás durmiendo un sueño poco profundo. Por último, oirás mi voz, pero en tu cabeza verás imágenes familiares, aunque no necesariamente reales. Y también sensaciones. Usaremos esas emociones que vivas para crear tus nuevos recuerdos y hacer creer a tu cerebro que siempre han sido tuyos.

—¿Cómo podéis hacer algo así?

—Preguntas a la persona equivocada. Mis conocimientos no llegan a un nivel tan profundo.

Esto es una locura. ¿Por qué coño no me levanto y salgo corriendo?

—Tengo otra pregunta —dijo Joel—. Has dicho que escucharé tu voz. ¿Qué vas a decirme?

—Ese es el último paso, por ahora —respondió Julie mientras toqueteaba una tablet—. Es de vital importancia para que el proceso funcione que trabajemos con algo significativo para ti, es decir, que realmente haya sido importante en tu vida anterior. No tiene que ser algo particularmente relevante. Puede ser una persona, un sentimiento, un recuerdo de la infancia o tan sólo una afición. Estudiamos a fondo el perfil psicosocial de nuestros clientes para buscar las estructuras mentales adecuadas.

No sé si me estoy enterando.

—¿Quieres saber qué vamos a usar contigo?

—Claro, por qué no.

—Es curioso, porque a mí también me gustan —dijo Julie, ligeramente ruborizada—. Vamos a utilizar algunas escenas de tus videojuegos favoritos. Las historias que más te han marcado.

—Bueno... eso no es lo más raro que he escuchado en los últimos diez minutos.

—Muy bien. Vamos a empezar con el primer ensueño.

—¿Ensueño?

—Así es cómo los llamamos. Vas a ver imágenes, escuchar sonidos y sentir emociones que tu cerebro interpretará como reales —explicó Julie sin despegar la vista de su tablet—. Ahora, quiero que cierres los ojos. Respira profundamente, y como te dije, concéntrate únicamente en el sonido de mi voz.

Diez segundos más tarde, Joel entró en una especie de trance. Luces y sombras empezaron a formarse en su mente, y haciéndole compañía, esa voz familiar, que empezó a hablarle.



El frío húmedo de las nubes recorre tu cuerpo, que tiritas sin control. Te deslizas por el flujo de aire, manteniéndote en lo alto. Desde esa posición la vista es hermosa, aunque también desoladora. Un vasto desierto yermo yace debajo, quedando tan solo el recuerdo de la vida que una vez albergó. La corriente te transporta hacia las profundidades del manto blanco que cubre el cielo, pero al salir de él, divisas los primeros retazos de la nueva vida que se abre paso. Una mucho más fría y gris, donde las grandes estructuras metálicas se entremezclan con las brumas batallando por el mismo espacio.

Cuando te aproximas, el calor retorna a tu cuerpo mientras presencias un ser colosal, inerte y viviente al mismo tiempo. Imponentes rascacielos se erigen a lo largo y ancho de una ciudad abarrotada de carreteras y vías de tren, que se entrelazan para formar una especie de sistema circulatorio. Sin embargo, por estas venas no corre la sangre, sino algo distinto. A medida que te introduces en ella, el aire fresco y puro del exterior se disipa, y en su lugar, un humo denso y oscuro invade tus vías respiratorias.

Al descender, vislumbres el movimiento desenfrenado de la urbe. Los obreros pueblan cada esquina haciendo uso de complejas maquinarias y brazos robóticos que nutren sin descanso el monstruo industrial que habita ese lugar. Observas cómo la polución ha teñido cada superficie de un color cenizo, dando al ambiente un aspecto lóbrego y deprimente, a pesar de la intensidad

con la que la luz diurna te ilumina el rostro. La basura se amontona en cada rincón, donde los perros callejeros rebuscan algo con lo que alimentarse, y las escasas porciones donde aún queda tierra solo albergan hierba seca y flores muertas.

Antes de que el ocaso dé paso a la oscuridad, los focos de la ciudad despiertan de su letargo. En los ojos de la gente distingues el reflejo de un fulgurante color verde azulado. Un descomunal reactor lanza hacia el cielo un haz de luz que lo tiñe por completo, y de cuya corriente se desprenden infinidad de partículas del mismo color, que recorren el ambiente y bailotean con vida propia.

Sin saber el motivo, diriges tu vista a uno de los incontables callejones de la ciudad, donde una inquietante chica se encuentra arrodillada portando en su brazo derecho una cestita de mimbre repleta de flores amarillas, blancas y rojas. Permanece con los ojos cerrados mientras las motas de energía brotan de una grieta en la tubería que tiene enfrente, desangrándose lentamente. Al abrir los ojos, su vivo tono verde agua le ilumina el rostro como si fueran dos grandes faros. Es una mirada hermosa y penetrante, pero al mismo tiempo denota melancolía y tristeza. Por un segundo, te identificas con ella, hasta que un ruido cercano te evade de esas emociones. La chica también lo escucha y huye estremecida del lugar. La sigues con la mirada, desde las alturas.

Tras abandonar el callejón llega a una de las vías principales, donde tropieza con un viandante, provocando que caigan al suelo algunas de las flores que lleva en la cesta. Sientes la necesidad de ayudarla, pero no eres capaz. Con premura, la joven las recoge una a una a excepción de una última flor amarilla, que es pisada por un peatón quedando aplastada y marchita. La chica la sujeta con ambas manos, mirándola fijamente y protegiéndola contra su pecho. Llena sus pulmones de aire y alza la vista al cielo en un intento por evadirse del bullicio que la rodea, y por un instante, te mira directamente.

Te hace evocar un extraño y lejano miedo. Hasta ahora creías imposible que alguien pudiera notar tu presencia, así que escapabas del lugar. Cuando ganas la suficiente altura, observas en su totalidad la estructura circular que alberga en su interior a la urbe, repartida en ocho sectores delimitados por altos muros

unidos entre ellos por gigantescos reactores, todos conectados por conductos que se dirigen hacia el centro. Allí ves un edificio tan alto que casi toca las estrellas y que canaliza en su interior toda la energía producida, proveyendo electricidad a la ciudad.

A lo lejos fijas tu atención en uno de los trenes que recorren la ciudad a toda velocidad. Un misterioso extraño va encima de él, agachado para no perder el equilibrio y sujeto a una de las barras metálicas para evitar salir despedido. El tren activa el sistema de frenado y la velocidad cae en picado, generando chispas anaranjadas en los raíles por el roce producido. Cuando se detiene en la estación, dos guardias de seguridad se acercan para hacer las comprobaciones pertinentes.

Ambos se separan para investigar, hasta que uno de ellos escucha un ruido sospechoso. Cuando se voltea, no es capaz de encontrar a su compañero en su posición. Con el fusil en posición de ataque, se dirige a comprobar qué ocurre, apuntando su arma en varias direcciones, temblándole el pulso. Miras tus manos y sientes algo similar. Sin tiempo para reaccionar, un asaltante aparece por su espalda y lo sujeta por el cuello, mientras que una segunda le propina una patada en el estómago que lo deja fuera de combate. Un tercer hombre salta de lo alto del tren. Los tres individuos se reúnen y corren hacia el que parece ser el líder del grupo. Cuando posas tu mirada sobre él, su mera presencia te intimida.

Se trata de un hombre de piel morena, muy alto y con una musculatura excesivamente desarrollada. Unas gafas de sol tapan sus ojos y parte de la doble cicatriz que tiene próximo al ojo derecho. Sus brazos están al descubierto. En el izquierdo tiene un enorme tatuaje con un símbolo negro y llamas rojas, mientras que donde debería estar su antebrazo derecho, porta una inmensa ametralladora sujeta con una correa.

El cabecilla reúne a su banda y les hace un gesto con la cabeza para que avancen. Seguidamente, se gira para mirar al techo del tren, donde aún se encuentra el extraño.

—Baja aquí, mercenario.

Después de lanzarte una breve mirada de soslayo que te inquieta, el joven salta desde lo alto del tren realizando una acrobática pirueta, posándose con firmeza en el suelo. Sus rodillas están semiflexionadas, su brazo izquierdo, apoyado en el suelo permitiéndole mantener la compostura, y con su brazo derecho, extendido hacia un lado, sujeta un enorme mandoble metálico.

Al quedar expuesto a la luz, puedes analizar al mercenario más detalladamente: posee una constitución ligera pero atlética. En su pelo dorado abundan grandes mechones con forma puntiaguda que se dirigen en casi todas las direcciones. Su tez es lisa y pálida, y sus ojos destacan especialmente por tener un matiz azul verdoso inusual, que en conjunto le hacen tener una expresión fría y distante.

Tras incorporarse, agita la espada en diagonal momentos antes de situarla a su espalda, quedando perfectamente acoplada a un enganche que lleva en la parte trasera de la armadura. La hoja es rectangular a excepción del extremo, que se estrecha hasta acabar en una punta afilada. Tiene una longitud y anchura considerable, incluso excesiva para ser blandida con una sola mano. En su aleación de metales puede observarse con claridad el desgaste producido por el uso, así como diferentes ranuras superficiales y dos pequeños orificios circulares próximos a la base y el mango, uno de ellos con una misteriosa esfera verde esmeralda en su interior.

Cuando el joven se dispone a avanzar, dos nuevos centinelas hacen acto de presencia, alarmados por la falta de respuesta de sus compañeros.

—¡Alto o te disparo! —grita uno de ellos.

El líder del grupo avanza parsimonioso y despreocupado.

—Te toca —dice con su expresiva voz ronca.

Sin mediar palabra, el mercenario vuelve a blandir su espada, aunque en esta ocasión la sujeta firmemente con ambas manos y adopta una postura de combate. Los centinelas se plantan ante él preparados para abrir fuego mientras el resto del grupo se escabulle hacia delante. Tienes el impulso de salir corriendo, pero una fuerza superior a ti te mantiene inmóvil.

—¡Te lo advierto! —insiste uno de los centinelas—. ¡Ríndete!

El estómago te da un vuelco. Tienes casi la total certeza de que el guardia se dirige a ti.

—No lo creo —se limita a responder el mercenario.

Sin darles tiempo a reaccionar, se abalanza sobre ellos y con dos tajos precisos les arrebató la vida. Vuelve a situar la hoja a su espalda y continúa andando a paso ligero por el andén para reunirse con el resto del comando. Sigues sus pasos, aún con los nervios a flor de piel.

El muchacho sube unas escalerillas y llega a la zona de los tornos que dan acceso a la siguiente sección del andén. Allí aguardan dos centinelas más, que ya prevenidos se lanzan al ataque.

—¡Las manos donde pueda verlas! —reclama con fervor uno de los guardias ejerciendo presión sobre el gatillo del arma.

El resto del grupo, que permanecía oculto en los muros laterales, aprovecha la distracción para colarse por los accesos y seguir su avance.

—¡Que te diviertas! —dice la chica siguiendo la pista a sus tres compañeros.

Los guardias abren fuego. Con un gesto elegante pero firme, el mercenario coloca la espada verticalmente frente a él, consiguiendo bloquear los impactos de las balas. Te sientes inseguro, aunque en cierta forma, protegido en compañía del extraño. Cuando cesan la ofensiva para recargar sus armas, compruebas que estás intacto. Sin darles tiempo, una vorágine se desata sobre ellos en forma de golpes precisos, haciéndoles caer fulminados.

Tres centinelas más aparecen alertados por el escándalo. Esta vez ni siquiera articulan palabra y atacan nada más verlo. El mercenario gira sobre sí mismo hasta en dos ocasiones, esquivando con agilidad los disparos, y a continuación da un salto por encima de ellos, ganándoles la espalda. Con la posición de ventaja, realiza un leve gesto con su mano, de la cual emerge disparada una pequeña bola de fuego que impacta con fiereza en sus oponentes. Aunque hay una distancia relativa, eres capaz de sentir el calor de las llamas en tu piel y el olor a carne quemada. Los enemigos caen al suelo gritando de dolor mientras se revuelven intentando apagar las llamas de sus carbonizadas armaduras.

Cuando llega a lo alto de la escalera, el grupo ya espera frente a una puerta bloqueada que da acceso a un área restringida. La chica intenta piratear el pequeño panel de control situado en un lateral para ingresar al sistema de apertura.

—Entonces... ¿tenemos un trato con él? —interviene mientras trabaja—. ¿Ahora es uno de los nuestros? Tiene coraje, este tal... ¿cómo es su nombre?
—Cloud. Cloud Strife.



La imagen del mercenario comenzó a evaporarse frente a sus ojos, y poco a poco, los demás miembros de aquel extraño pelotón. Un humo blanquecino, denso y brillante, se fue abriendo paso hasta que le cegó por completo. Molesto, Joel cerró los ojos, apretándolos con fuerza.

—¿Cómo te sientes? —escuchó, ya de vuelta en sí mismo.

—Ha sido... extraño. Parecía muy real. Por momentos he pensado que estaba en ese lugar. Pero al mismo tiempo, era totalmente consciente de que estaba aquí, tumbado.

Julie tomaba notas en un cuaderno, lanzando alguna que otra mirada discreta a Joel, que aún se encontraba algo aturdido.

—Lo has llevado muy bien —dijo Julie—. Algunos clientes vomitan la primera vez que se someten al proceso.

Bien por mí.

—Pues espero que hayan limpiado el asiento.

Julie no pudo contener la risa.

—No te preocupes, nos tomamos la higiene muy en serio. Dime, ¿tienes alguna pregunta?

—A decir verdad, unas cuántas —contestó Joel sin dejar de examinar todo lo que le rodeaba— ¿Por qué llevas otra ropa?... ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—Doce horas.

—¿¡Doce!? Pero si no te he escuchado hablar más de diez minutos, ¿cómo es posible?

—Para ti habrán sido diez minutos, pero así es cómo funciona el proceso. La primera vez, yo misma estoy a tu lado, hablándote. Sin embargo, después de la primera nuestros amigos se encargan de continuar el trabajo —explicó Julie guiando a Joel con su mirada hacia las cuatro esquinas superiores de la habitación, donde había cuatro pequeños altavoces—. Démosles las gracias por permitirme preservar la integridad de mis cuerdas vocales.

—Pero solo he oído tu historia una vez —añadió él, confuso.

—Bueno, técnicamente, la historia es más tuya que mía —corrigió ella—. Recuerda que lo que has oído ha sido tan solo un pequeño fragmento de algo que, de un modo u otro, fue importante para ti. Que lo hayas percibido una sola vez se debe a que tu cerebro no es capaz de asimilarlo a la primera. Por eso lo reproducimos un bucle, hasta que tu mente se adapte.

—Vale, pero ¿por qué ese recuerdo? Es decir, ¿vais a hacerme creer que toda esa historia la he vivido yo realmente?

—Sí y no —respondió Julie, enigmática—. Vamos a usar este ensueño, extraer emociones primarias y secundarias, y luego crearte un recuerdo similar.

—¿Y por qué coño iba a querer alguien tener un recuerdo así? ¡He acompañado a un grupo de pirados que se han cargado a unos cuantos guardias!

—De nuevo, me haces preguntas que no te puedo responder —respondió Julie, no sin antes soltar un leve resoplido—. Como te advertí al principio, esa información es confidencial. Solo dos personas en el mundo pueden conocer esos datos, y uno de ellos, eras tú.

—¿Y quién es la otra?

Julie se sobresaltó por un momento. Rehuyendo la mirada, lanzó una evasiva.

—Creo que ya he hablado suficiente, quizás en otro momento. Ahora, necesito que me contestes a unas preguntas, por favor. ¿Estás listo?

—Claro, por qué no —dijo Joel, irónico.

—No tardaremos mucho. Necesito que respondas solo con sí o no, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo él, mostrando a Julie una sonrisa de complicidad que ella devolvió tímidamente.

—Bien, ¿recuerdas el título del videojuego que has revivido?

—No.

—¿Te has sentido atraído en algún momento por alguna de las personas que aparecían en el ensueño? —continuó ella, sin dejar de tomar notas.

—Sí.

—¿Te has sentido integrado en el grupo durante el asalto en el andén?

—Sí.

—¿Hubieses cambiado algo de lo ocurrido durante el ensueño?

—No estoy seguro.

—No, entonces —apuntó tajante—. Ahora, te voy a nombrar una serie de emociones, y tienes que puntuarlas de cero a cinco, siendo cero que no lo has sentido para nada, y cinco que la has sentido mucho.

—A sus órdenes —dijo Joel que, a pesar de todo, parecía empezar a mejorar su estado de ánimo conforme más tiempo observaba a Julie.

—Miedo.

—Tres.

—Tristeza.

—Dos.

—Alegría.

—Cero.

—Sorpresa.

—Cuatro.

—Confianza.

—Dos.

—Y por último... ira.

—Dos.

—Muy bien —dijo Julie terminando con sus notas—. Creo que es suficiente por ahora. Deja que te quite los electrodos. Incorpórate, por favor. Te acompañaré a tu habitación.

—Espera un segundo —intervino Joel—. ¿Voy a vivir aquí?

—Solo durante el tiempo necesario para finalizar el proceso, sería peligroso que salieras ahora. Recuerda, ¿a dónde irías?

No lo sé. Esto es frustrante. Julie continuó hablando.

—No temas. En el Proyecto Inside tenemos a disposición de nuestros clientes diversas zonas en las que podrás pasar el tiempo que no estés sometiendo al proceso. Debo decirte, eso sí, que estarás permanentemente vigilado. Es por tu propia...

—Por mi propia seguridad, ya —interrumpió Joel.

Julie asintió, algo tímida.

—Acompáñame. Te haré el recorrido principal. Toma esta tarjeta, te dará acceso a las principales estancias que puedes visitar.

La tarjeta era de plástico duro, blanca, y con un logotipo sencillo con las letras "Inside". Por el otro lado tenía un número uno con tipografía sencilla.

Ambos abandonaron la sala en la que estaban, recorriendo un largo pasillo de estética similar a las dos habitaciones que conocía Joel. Al cruzar la puerta la decoración era muy diferente, más cálida y familiar. Un amplio recibidor cuadrado les dio la bienvenida, un par de butacas de terciopelo azul marino y apariencia confortable, y una pequeña chimenea en cuyo interior ardían unos trozos de leña. El olor le resultó reconfortante.

Había dos puertas a cada lado de la estancia, y un quinto acceso en la pared del fondo, este mucho más grande que los otros cuatro. Julie le guio a la primera de las puertas a mano derecha.

—Utiliza la tarjeta para entrar y salir siempre que quieras —le informó—. En primer lugar, aquí tenemos un pequeño gimnasio. No es que tenga mucha variedad, pero te será suficiente para mantenerte activo el tiempo que estés con nosotros.

Joel se limitó a observar cada rincón que le enseñaba Julie sin verbalizar su opinión.

—Después, tenemos esta sala en la que podrás escuchar música, leer, escribir, ver películas, y por supuesto, jugar a videojuegos.

Parece que esto mejora por momentos. Joel no dejaba de observar a Julie, ensimismado, disfrutando de la forma en la que le hablaba.

—Eso sí, debo advertirte de que por el momento solo podrás acceder a material audiovisual y lecturas seleccionadas por nosotros. No sólo has perdido tus recuerdos personales. También una parte de tu percepción sobre el mundo, y debes volver a aprenderlas.

—¿Qué le pasa a mi percepción sobre el mundo? Hasta dónde sé, estamos en la Tierra, ¿no?

—No me refiero a eso. Hay conocimientos que tu mente tiene tan arraigados que no pueden ser borrados así como así. Has llegado hasta aquí caminando, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ha olvidado tu mente cómo caminar?

—Ya veo por dónde vas.

—Pues sirve para todo lo demás —continuó Julie—. Pero podríamos decir que sí has perdido información sobre las personas del planeta, aunque el resto del conocimiento general siga ahí.

—Entonces —retomó Joel—. ¿Qué es lo que tengo que volver a aprender?

—Básicamente, los eventos más relevantes del mundo de los que tuvieras constancia antes de someterte al proyecto. La idea es acercarnos lo más posible a tu yo anterior, pero eliminando los recuerdos que “él” quería hacer desaparecer.

—¿Y no habría sido más fácil acceder a esos recuerdos y borrarlos?

—Lamentablemente, no funciona así.

—Bueno, hace un rato pensaba que estaría encerrado en la sala blanca para siempre, así que tampoco voy a quejarme por recibir unas cuantas clases de historia.

—¿Sala blanca? —curioseó Julie.

—Creo que representa bien el lugar —replicó, sonriendo—. Es, literalmente, un cuarto con cuatro paredes blancas.

Julie devolvió la sonrisa.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Julie? Quiero decir, otra pregunta. No he hecho otra cosa desde que estoy aquí.

—Dispara.

Un pinchazo agudo recorrió la sien de Joel, que soltó un leve quejido.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no es nada...

—Vale... —contestó Julie, incrédula—. ¿Qué ibas a preguntarme?

—Si yo soy uno de los clientes de este sitio, debe haber más, ¿no? ¿Dónde están?

—Hay más personas. No obstante, está totalmente prohibido que coincidan entre ellas. Por ese motivo toda la instalación se divide en módulos aislados unos de otros. Cada uno de ellos tiene capacidad para un cliente como máximo. Tendríamos que abandonar el edificio o romper un muro de hormigón para acceder a otro de los módulos.

—¿Y tú trabajas en todos?

—No, eso sería imposible. Este lugar es más grande de lo que crees, aunque tú solo verás una pequeña parte de él, igual que yo. Soy la coordinadora principal de tu módulo, y como tú, tampoco puedo acceder a otros.

—Todo esto suena bastante turbio.

—No lo creas. No se diferencia demasiado de un hospital, piénsalo así. Aquí al menos tienes videojuegos —dijo Julie guiñando un ojo—. Igual me paso un día por la sala.

Hay algo extraño en Julie, pero no sé por qué, me fío de ella.

—Bueno, sígueme al último lugar. Aquí está tu dormitorio. Tienes todo lo necesario para tu comodidad: ropa, productos de aseo... y el baño está en la puerta de al lado. No tengo que explicarte mucho sobre este cuarto.

—¿Y qué pasa con esa? —dijo Joel señalando a la gran puerta central en la pared del fondo.

—No es que vayas a poder de todos modos, pero voy a darte un consejo: nunca cruces esa puerta, no hasta que se te permita.

Joel notó un leve tono amenazante en las palabras de Julie, pero pronto se dispararon en cuanto la chica sonrió.

—Lo tendré en cuenta, Julie —dijo él, mirándola a los ojos.

—Tengo que irme, nos veremos mañana a la misma hora —contestó Julie evitando su mirada.

Julie se dio media vuelta y se marchó por la puerta del fondo, que se abrió deslizando hacia ambos lados cada una de sus dos partes. Joel intentó mirar a través de ella en el breve espacio de tiempo que permaneció abierta, pero únicamente pudo observar un pasillo igual que el anterior, solo que indudablemente más largo.

Cuando el pesado portón metálico se cerró de nuevo, se dirigió hacia la sala donde aguardaba su dormitorio. Tras un breve vistazo fue hacia la cama y se sentó en ella. Acarició la suave sábana antes de recostarse. *Blanca, cómo no.* Algo le molestó en la espalda. Era un pequeño folleto de papel, con el logotipo y el nombre de Inside. En su interior había un genérico mensaje de bienvenida que Joel dejó a medio leer. Sin embargo, lo que se mostraba en la siguiente página captó toda su atención. Un hombre de unos sesenta y tantos posaba en la imagen con semblante sereno. Joel apreció algo en su mirada que lo dejó intranquilo. Debajo de la imagen había una pequeña frase: “Jeremiah Hawke. Director del Proyecto Inside”. Joel supo en ese instante que algo no iba bien.

Si lo que Julie le había contado hasta ahora era cierto... ¿cómo era posible que conociera al hombre de la imagen?

Está claro que no me ha contado toda la verdad. Pero voy a descubrirla, de un modo u otro.